



Más que una sustancia: el alcohol en las adolescencias

**TRABAJO FINAL DE GRADO
Ensayo Académico**

Facultad de Psicología, Universidad de la República

Melina Gilino, 5.032.811-7

Tutora: Asist. Mag. Leticia Aszkinas

Revisora: Prof. Adj. Mag. María Julia Perea

Febrero, 2025

Montevideo, Uruguay

ÍNDICE

Introducción.....	2
Una aproximación a las adolescencias.....	4
Características evolutivas.....	8
Entre el efecto y el sentido: el consumo de alcohol en las adolescencias.....	11
Percepción de riesgos.....	11
La presencia del alcohol en las adolescencias.....	13
Entre voces y contradicciones: el rol de los adultos referentes.....	18
Conclusiones.....	22
Referencias.....	24

Introducción

El alcohol es una de las drogas legales de mayor consumo en Uruguay, abarcando tanto a adultos como a adolescentes. A nivel general, los datos aportados por el Informe sobre la VIII Encuesta Nacional sobre Consumo de Drogas en la población general, realizada por el Observatorio Uruguayo de Drogas y la Secretaría Nacional de Drogas (2025), indica que un 88,9% de la población uruguaya de 15 a 65 años ha consumido esta sustancia alguna vez en su vida. Asimismo, al considerar la ingesta en los últimos doce meses y en los últimos treinta días, se observó que la fidelización de esta práctica alcanzó el 80 %, esto implica que de cada diez personas que han tenido contacto con la sustancia alguna vez, ocho continuaron consumiéndola durante el año previo al estudio.

Estas cifras no sólo evidencian la naturalización de la sustancia, dada a su alta presencia en la población, sino también la continuidad de su consumo a lo largo de la vida y en un ascenso de las cantidades de ingesta. En este sentido, si la práctica se mantiene y se acentúa en la edad adulta; es en la adolescencia que inician sus primeras experimentaciones con la misma.

En esta línea, se señala, que los niveles de ingesta más elevados de alcohol se concentran en el rango de 19 y 45 años (OUD-SND, 2025). Dentro de este grupo etario se observa una conducta ya establecida del uso de alcohol en esta etapa vital que organismos como el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), sitúa dentro de la adolescencia tardía (17 a 21 años). Estos datos permiten inferir que, si el consumo aparece consolidado en una etapa en la que adolescentes recién alcanzan su mayoría de edad, sus primeras experimentaciones con la sustancia se producen en edades más tempranas, lo que da cuenta de un progresivo descenso en la edad de inicio.

Por esta razón, el presente trabajo se centrará en esta población, considerando a los y las adolescentes como un grupo particularmente vulnerable a la exposición al alcohol, en función del momento evolutivo en el que se encuentran. La adolescencia constituye una etapa en la que el cerebro aún se halla en pleno desarrollo y se caracteriza por profundos cambios biopsicosociales. En este sentido, según los aportes de Rossi y Carbajal (2012), la intoxicación por abuso de ingesta representa un comportamiento de alto riesgo en las adolescencias. La forma en que se consume — en términos de frecuencia, rapidez y cantidad — incide de manera directa en sus efectos, afectando y comprometiendo su salud física, sexual y social.

Por otra parte, quien escribe presentó interés en la temática a partir de implicancias personales y académicas. Tomando el concepto de implicación personal propuesto por Ardoino (1997), vinculado a las experiencias, historias y afectos que atraviesan a los sujetos, la elección del tema se relaciona con la propia trayectoria vital durante esa etapa, en tanto se construyen vivencias, percepciones y prácticas en torno al alcohol que forman parte de la experiencia social.

A su vez, esta dimensión se entrelaza con lo que el autor denomina implicación epistemológica, en tanto el proyecto de formación académica implica posicionarse frente a problemáticas sociales y académicas. En este marco, abordar el consumo de alcohol en las adolescencias se vincula tanto con entrecruzamientos personales y epistemológicos como con el reconocimiento de esta problemática como un fenómeno ampliamente instalado en la sociedad, lo que motivó su elección.

A partir de lo expuesto, el presente ensayo tiene como objetivo central problematizar el consumo de alcohol en las adolescencias de nuestro país. Con este propósito, en un primer momento se realizará un abordaje de la noción de adolescencias y de las características propias de este momento evolutivo, poniendo en diálogo distintos autores y perspectivas.

En segundo lugar, se analizará la percepción de riesgos, los sentidos que adquiere el uso abusivo de alcohol en esta población, así como sus efectos. Finalmente, se problematizará el rol de los adultos referentes, en su vínculo con los adolescentes durante esta etapa, atendiendo a las posibles contradicciones entre discursos y prácticas respecto al consumo de alcohol.

A efecto de organizar el trabajo, estos aspectos se desarrollarán en apartados diferenciados. Sin embargo, al tratarse de factores interrelacionados, a lo largo del análisis se irán articulando entre sí para una mejor comprensión y profundización en la temática.

Una aproximación a las adolescencias

Históricamente, la adolescencia no siempre fue concebida como una etapa específica dentro del ciclo vital. Según Krauskopf (2007), durante largos períodos las clasificaciones sociales distinguían principalmente entre tres momentos: infancia, adultez y vejez.

Dentro de la psicología evolutiva, fue el psicólogo norteamericano Stanley Hall quien, tras la publicación de su tratado *Adolescence* (1904), sentó las bases para la consolidación de la misma como campo de estudio. La describió como una edad tormentosa y dramática, caracterizada por una gran inestabilidad, pero también por entusiasmo y pasión, en la que el joven se ve atravesado por tensiones opuestas (Krauskopf, 2007).

En este marco, las adolescencias fueron inicialmente definidas como una etapa de transición entre la infancia y la adultez. Tal como señala López et al. (2015) el valor de este período no radicaba en sí mismo, sino en su carácter de pasaje preparatorio para la vida adulta, como horizonte de referencia y meta del desarrollo.

Siguiendo con los aportes de la autora, con el paso del tiempo estas primeras construcciones teóricas han sido revisadas y reformuladas, dado que las conceptualizaciones sobre las adolescencias no se presentan como un saber acabado, sino como un campo en permanente construcción. Esto se debe al hecho de que su objeto de estudio — el ser humano en proceso de desarrollo — debe comprenderse como una realidad situada y no como una categoría universal y homogénea.

Es por ello que resulta pertinente hablar de adolescencias, en plural, a fin de dar cuenta de la diversidad presente en este colectivo. Las características de cada uno de los y las adolescentes son producto de un entramado complejo de interacciones entre lo individual y lo social, donde categorías como sexo, género, edad, nivel socioeconómico, residencia, etnia u orientación sexual se articulan de manera particular (López et al, 2015).

Esta etapa en su desarrollo está configurada por procesos psicosociales propios y particulares que la distinguen del resto, dejando de ser un mero pasaje o transición. Por estas razones se hace especial énfasis en que este momento evolutivo sea pensado como lo que es, “una categoría evolutiva con derecho propio” (Amorín, 2010, p. 124).

En esta línea, Rossi y Carbajal (2012), proponen una aproximación a este momento del ciclo vital, presentándolo como:

La adolescencia es una etapa de crecimiento biológico, psicológico y social en la que se descubren nuevas formas de pensar, se realizan ensayos en la esfera de la sexualidad y se construyen fuertes vínculos de amistad que pueden durar toda la vida.

Es una fase esperable y variable, en la que se comienza a delinear la identidad adulta a partir de un proceso crítico que puede resultar invalidante para los sujetos que la transitan. (p. 20)

En tal sentido, dicha afirmación remite a los efectos que los cambios propios de este período tienen en las vivencias adolescentes, no sólo en el plano biológico, vinculado al desarrollo puberal, sino que igualmente incide en el plano social y psicológico. Como parte de este proceso, los y las adolescentes se desprenden progresivamente de su identidad infantil, mientras avanzan en la construcción de una nueva posición subjetiva y social.

Respecto a lo “invalidante” puede entenderse tanto por la magnitud de los cambios como por la forma en que estos son vivenciados por el sujeto, quien atraviesa cuestionamientos, incertidumbres y redefiniciones respecto de sí mismo y de su lugar en el mundo. A ello se le suma que, en ocasiones, el mundo adulto tiende a minimizar o deslegitimar los conflictos propios de esta etapa, lo que puede profundizar la sensación de incompreensión. En este sentido, Krauskopf (2007), en consonancia con lo señalado por Rossi y Carbajal, plantea que el grupo de pares asume una función estructurante en la construcción identitaria, desplazando parcialmente la centralidad que la familia tenía en la infancia, constituyéndose en un nuevo espacio de reconocimiento y legitimación subjetiva.

La metáfora propuesta por Françoise Dolto (1989) resulta esclarecedora para continuar profundizando en esta categoría evolutiva. La autora compara a las adolescencias con el momento en que la langosta pierde su antiguo caparazón y aún no ha consolidado uno nuevo; durante ese tiempo queda expuesta y desprotegida. De modo análogo, los y las adolescentes transitan un período de especial exposición y vulnerabilidad.

Desde esta perspectiva, resulta pertinente evitar miradas estigmatizantes o patologizantes sobre las adolescencias. Los desarrollos expuestos hasta el momento buscan dar cuenta de

múltiples transformaciones atravesadas por pérdidas como por adquisiciones, como sucede en todas las etapas del ciclo vital.

Así lo plantea Weissman (2005), al subrayar que las adolescencias no implican únicamente momentos de duelo, pese a la frecuente asociación lineal entre adolescencias y sufrimiento. Se trata además de una etapa de apertura y expansión, en la que se amplían los márgenes de autonomía, se intensifica la participación en la vida social, con un ejercicio progresivo en la toma de decisiones y se accede al campo de la sexualidad.

Retomando lo expuesto anteriormente acerca de las adolescencias como una categoría situada, se considera oportuno introducir el concepto de generación. López et al (2015) lo definen como un punto clave para comprender este período como una experiencia compartida. No se trata únicamente en la edad cronológica, sino de transitar esta etapa en un mismo marco histórico, bajo determinadas condiciones socioculturales que favorecen procesos de inclusión y reconocimiento entre pares. De este modo, cada generación produce significados propios acerca de su edad y del mundo que la rodea, diferenciándose de aquellas que atravesaron esta etapa en otros contextos.

En relación con lo anterior, cabe preguntar cuáles son los rasgos que caracterizan a las adolescencias uruguayas actuales. Los datos aportados por la Junta Nacional de Drogas y otras fuentes oficiales, advierten la presencia de determinados patrones de consumo que forman parte de los procesos de socialización contemporáneos.

En una sociedad donde la lógica del consumo ocupa un lugar central, las y los adolescentes no permanecen al margen, al contrario, se ven inmersos en dinámicas que incluyen y promueven el uso de sustancias con edades cada vez más tempranas. Así, dichas prácticas forman parte de una cultura más amplia que incide en los modos de vincularse, pertenecer y construir identidad (JND y OUD, 2011).

Características evolutivas

En función de lo expuesto resulta necesario introducir una delimitación etaria que permita organizar el abordaje del período. De este modo, se tomará la división propuesta por el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), que distingue entre adolescencia temprana (10 - 13 años), media (14 - 16) y tardía (17 - 21). Si bien otras clasificaciones, como la propuesta por Amorín (2008), extienden esta última incluso hasta los 28 años, las diferencias en la delimitación cronológica no invalidan la complementariedad de sus aportes en lo que respecta a la caracterización cualitativa de los procesos que ocurren en cada una de las divisiones.

En los párrafos siguientes se tomarán los aportes de Amorín (2008) y UNICEF (2021) para describir las particularidades de cada momento dentro del período adolescente.

El inicio de este momento evolutivo se ve fuertemente marcado por los cambios fisiológicos propios de la adolescencia temprana. La menarca en las niñas y la primera eyaculación en los varones son hitos centrales en este proceso, a los que se suman otras transformaciones físicas como la aparición de vello púbico, el crecimiento corporal, la presencia de acné y el aumento del olor corporal, entre otras. Estas modificaciones en la apariencia inciden notablemente en el esquema e imagen corporal de sí mismos.

Dichos cambios generan sentimientos de confusión y una vivencia de pérdida de la identidad y del rol infantil; ya no son infantes, pero tampoco adultos. Como manifestaciones de estos procesos internos suelen aparecer comportamientos desafiantes y opositoristas. En este contexto es que comienzan a distanciarse progresivamente de los adultos y del entorno en general, encontrando mayor apoyo y sostén en el grupo de pares.

Amorín (2008) define la adolescencia media como un “segundo nacimiento psicológico”, en tanto constituye el momento en que los cambios psicológicos iniciados en la adolescencia temprana comienzan a hacerse más visibles. En el marco de la construcción identitaria,

estos procesos se expresan especialmente en la forma en que los y las adolescentes se perciben a sí mismos y en cómo desean ser percibidos por los demás.

El pasaje del mundo familiar a entornos sociales más amplios, se acentúa con el comienzo de bachillerato, momento en el que emergen cuestiones vinculadas al futuro vocacional. A la par, se amplía el universo social y se abren nuevas experiencias. Por esta razón, suele tratarse de un período en el que pueden presentarse con mayor facilidad situaciones de riesgo, tales como el consumo de drogas legales, particularmente el alcohol, aspecto que será abordado más adelante.

Esto podría explicarse por la tendencia al pasaje al acto, propio de este momento evolutivo en que la acción antecede a la reflexión. En consecuencia, suelen presentarse conductas impulsivas, en tanto el conflicto interno se expresa por medio de la misma.

Por último, durante la adolescencia tardía el proceso de desarrollo físico y sexual se encuentra más consolidado y próximo a culminar. Las y los adolescentes comienzan a sentirse más cómodos con su cuerpo, en tanto este ya no experimenta cambios con la misma intensidad y rapidez que en etapas anteriores. De igual modo, se observa un mayor grado de maduración psicológica, vinculado al progresivo abandono de la etapa infanto-adolescente, como lo denomina Amorín (2008).

Se trata del momento en que comienza a producirse la asimilación de la propia adolescencia como etapa vital, integrando las transformaciones atravesadas y avanzando hacia una identidad más estable. Es allí donde las ideas en torno al futuro laboral y a la progresiva independencia económica ocupan un lugar central, orientando la toma de decisiones y los proyectos personales.

Resulta imprescindible incorporar la dimensión del neurodesarrollo, dado que las transformaciones físicas, psicológicas y conductuales propias de este período también encuentran su correlato en el funcionamiento y la reorganización cerebral (UNICEF, 2021).

De acuerdo con los aportes de La Organización Panamericana de la Salud (2024), la corteza prefrontal es una de las regiones que experimentan un crecimiento significativo durante este momento evolutivo, aunque su maduración se produce de manera paulatina. Esta región se encarga principalmente de la toma de decisiones, la planificación y el control de impulsos. Por otra parte, el sistema límbico, asociado a la respuesta emocional, la búsqueda del placer y el procesamiento de la recompensa, alcanza niveles de maduración más tempranos que la región prefrontal.

Este desfase en el desarrollo entre ambas zonas del cerebro permite entender, en articulación con las características evolutivas previamente descritas, por qué en las adolescencias las experiencias novedosas y la sensación de placer adquieren mayor relevancia. En la medida en que el sistema vinculado a la emoción y la recompensa se encuentra más activo que aquel encargado de la regulación y el pensamiento crítico, el plano emocional tiende a prevalecer sobre el racional en la evaluación de riesgos. En efecto, la capacidad de gestionar las emociones y avanzar en procesos de autorregulación, se encuentra en pleno desarrollo durante esta etapa. Con el tiempo los y las adolescentes irán desarrollando mayores recursos para evaluar consecuencias y elegir otras alternativas de acción.

Recuperando la metáfora de la langosta propuesta por Françoise Dolto (1989) y en articulación con lo expuesto previamente, puede pensarse que los jóvenes deben desprenderse de un caparazón que ya no les resulta funcional. Durante ese intervalo, la vulnerabilidad aumenta y se vivencian diversos cambios biopsicosociales, esperables en esta etapa del desarrollo. No obstante, es precisamente esa condición de inestabilidad la que posibilita el crecimiento, el proceso implica atravesar un tiempo de exposición e incertidumbre para avanzar hacia una estructura más sólida, y mayores niveles de autonomía (UNICEF, 2021).

Es en este escenario donde el consumo de alcohol suele emerger en las cotidianidades adolescentes. Si bien, la mayoría de los consumos son experimentales y ocasionales, ello no invalida la necesidad de problematizar el fenómeno, dado que continúa implicando un riesgo para el desarrollo saludable de las adolescencias (OUD y SND, 2025). No puede ser pensado como un hecho aislado, sino como una práctica sociocultural heredada y transmitida que se inscribe en una etapa vital.

Entre el efecto y el sentido: el consumo de alcohol en las adolescencias

Percepción de riesgos

De acuerdo con Torrado y Di Landro (2015) la percepción de riesgo se refiere a la forma en que las personas evalúan el consumo de sustancias, es decir la actitud que adoptan frente a ello. Por este motivo es una variable relevante, en tanto puede operar como factor de protección o, por el contrario, como factor de riesgo para el consumo.

Tal como el uso del alcohol se encuentra atravesado por múltiples factores, la percepción del riesgo igualmente debe comprenderse como un proceso que se configura en la intersección entre factores socioculturales y trayectorias de vida personales. En este sentido, los discursos sociales vigentes, las normas que regulan su legalidad y acceso, así como los patrones de consumo más próximos, inciden significativamente en la forma en que cada persona evalúa y otorga significados a esta droga.

Profundizar en esta dimensión resulta fundamental, dado que las características evolutivas propias de esta población, afectan la manera en que las y los adolescentes perciben y vivencian las situaciones de riesgo (Torrado y Di Landro, 2015).

La VIII Encuesta Nacional sobre Consumo de Drogas en Estudiantes de Enseñanza Media (OUD y SND, 2025) evidencia una baja percepción del riesgo respecto a las ingestas experimentales y ocasionales, de todas las sustancias indagadas. En particular, los datos muestran que las sustancias legales son vistas como menos riesgosas en comparación con las ilegales, atribuyendo esta diferenciación a la condición de legalidad e influyendo en una mayor probabilidad del consumo. A su vez, advierte que la iniciación en sustancias legales puede contribuir en la disminución de la percepción de riesgo respecto de sustancias ilícitas.

En relación con el uso de sustancias como conducta habitual en las adolescencias, este es percibido por los propios adolescentes como un rasgo inherente al momento evolutivo que transitan (Torrado y Di Landro). Esta interpretación da cuenta de la forma en que esta droga se ha integrado dentro de las trayectorias de las adolescencias, concebida como un rasgo propio de la etapa.

Los procesos de neurodesarrollo y los aspectos psicológicos característicos de las adolescencias permiten explicar elementos claves para comprender cómo influyen en la percepción de riesgo de los jóvenes. Se trata de un momento en el que suele predominar la dimensión emocional por sobre la racional; en la evaluación de situaciones potencialmente riesgosas, esta asimetría puede favorecer la elección de experiencias novedosas y sensaciones gratificantes por encima de sus posibles consecuencias. Se suma la fuerte influencia de los grupos de pares y la intensidad de los cambios de este período, los cuales pueden generar una elevada carga emocional y mayores niveles de impulsividad. Dado que las habilidades de autorregulación aún se encuentran en proceso de consolidación, esto incide en los criterios a partir de los cuales se interpreta y dimensiona el riesgo (UNICEF, 2021).

Amarón et al. (2018) , en el marco de su proyecto de investigación, señalan que si bien los adolescentes reconocen al alcohol como una droga que requiere ciertas precauciones para

evitar la habitualidad o la dependencia, dicho reconocimiento no se traduce necesariamente en evitar o reducir el consumo.

Desde su propia valoración de los riesgos, la búsqueda de placer o de determinadas sensaciones prima sobre los posibles daños asociados. En esta línea, el problema del uso excesivo del alcohol no radica solo en la sustancia ni en el contexto en el que se inscribe, sino en el vínculo que los y las adolescentes establecen con el consumo (OPS, 2017), o que se traduce en recrear el estado de desinhibición sin perder completamente el control. Sin embargo, esta búsqueda de equilibrio resulta especialmente peligrosa, en tanto se sostiene en la falsa creencia de que se mantiene el control. No obstante, Rossi y Carbajal (2012) sostienen que el carácter depresor del alcohol afecta los procesos de pensamiento, debilitando los mecanismos de control y poniendo en juego la impulsividad a medida que aumenta la ingesta. De este modo, se produce un descuido de sí mismo y de sus pares.

La presencia del alcohol en las adolescencias

El alcohol es definido como un depresor del sistema nervioso central. Esto significa que, al ingresar al torrente sanguíneo y alcanzar el cerebro, el etanol disminuye el funcionamiento de los centros superiores, provocando desinhibición conductual y emocional (Rossi, 2012). La intoxicación que se produce a partir de estos efectos se caracteriza como un estado de corto plazo con deterioro del rendimiento psicológico y psicomotor (OUD, 2018).

En articulación con los últimos datos más recientes (OUD y SND, 2025), se observa que esta sustancia psicoactiva presenta los niveles más altos en los tres indicadores analizados: prevalencia de vida, ingesta en el último año e ingesta en los últimos treinta días, posicionándose como la droga de mayor consumo en esta población.

En cuanto a la prevalencia de vida — indicador que refiere a si la persona ha experimentado con la sustancia al menos una vez — , el porcentaje alcanza el 82 %. Por su parte, la

ingesta en el último año, que da cuenta del consumo reciente, se sitúa en un 67 %. Por último, el indicador relativo a los últimos treinta días, vinculado a un patrón más frecuente, registra un 41 %, lo que implica que 4 de cada 10 estudiantes han consumido esta sustancia en el último mes.

Si bien en comparación con la edición anterior, se observa un leve descenso en los niveles de consumo, este no resulta estadísticamente significativo, manteniéndose una magnitud elevada. Esto podría atribuirse a que se trata de una práctica ampliamente extendida, con presencia en edades cada vez más tempranas y con continuidad en etapas posteriores, tal como señalan los datos de la población general (OUD y SND , 2025).

La edad de inicio representa un aspecto central dentro de la dinámica de consumo, en tanto permite dimensionar el carácter precoz en el uso de sustancias. Las bebidas alcohólicas se ubican entre las primeras drogas con la que los jóvenes tienen contacto, situándose la edad promedio en torno a los 13 años. El inicio precoz supone un factor de riesgo relevante, la evidencia indica que cuanto menor es la edad, mayores son las probabilidades de que estas prácticas se consoliden a futuro, reconociéndose como un indicador de riesgo durante la vida adulta (OUD y SND, 2025).

Diversos estudios señalan que el consumo temprano puede operar como puerta de entrada hacia otras drogas, tanto legales como ilegales. Al decir de Espada et al (2003), se establece una cadena habitual, en la cual la experimentación inicial y el desarrollo progresivo de la tolerancia aumentan la probabilidad de incursionar en sustancias ilícitas.

En tal sentido, el consumo comienza a abarcar tramos cada vez más amplios del período adolescente, alcanzando incluso a las adolescencias tempranas. Ello implica una mayor exposición a sustancias psicoactivas en un período clave para el desarrollo integral

saludable. En este punto, la evidencia es contundente: “no existe un consumo de alcohol sin riesgos en menores de 18 años” (Rossi et al, 2012, p. 41).

En efecto, en este momento del ciclo vital el cerebro se encuentra aún en pleno proceso de desarrollo, por lo que la falta de consolidación neurobiológica incrementa la vulnerabilidad frente a los efectos del alcohol, pudiendo generar daños tanto a corto como a largo plazo. En este sentido, todo consumo en esta etapa comporta riesgos específicos asociados al momento evolutivo. Diversos organismos internacionales, como UNICEF (2021), señalan que cuanto más se postergue la edad de inicio, mayores serán las posibilidades de un desarrollo saludable y menores las consecuencias negativas en etapas posteriores.

En estas circunstancias cabe introducir el concepto de consumo problemático, entendido como aquel que afecta la salud del sujeto en cualquiera de sus tres dimensiones: biológica, social y psicológica. Puede presentarse tanto en consumidores frecuentes como en aquellos con ingestas ocasionales e, incluso, experimentales (JND y OUD, 2019). Desde esta perspectiva, deben considerarse los riesgos a corto plazo, los cuales dependen tanto de la frecuencia, como de la cantidad y la rapidez de ingesta en cada episodio.

Por esta razón, resulta fundamental no restringir la mirada sobre consumo problemático únicamente a situaciones de dependencia o adicción, ya que el consumo elevado de alcohol es un problema social que atraviesa e implica a toda la población. La naturalización y normalización del consumo abusivo hacen que las alarmas sociales solo se disparen ante situaciones de dependencia, reforzando una mirada restrictiva que, a su vez, favorece procesos de estigmatización (JND y OUD, 2019).

Con frecuencia, las formas de consumo experimentales u ocasionales — particularmente durante los fines de semana o con fines recreativos— tienden a subestimarse, pese a que

implican riesgos significativos, sobre todo cuando los episodios de ingesta superan los umbrales de intoxicación.

Según los parámetros establecidos por la Organización Mundial de la Salud (OMS), esto supone ingerir 80 gramos o más de alcohol puro, lo que equivale aproximadamente a cuatro o más tragos estándar. En estos casos, aun cuando el consumo no sea cotidiano, la reiteración de episodios de intoxicación implica pérdida de conciencia, del autocontrol y exposición a riesgos inmediatos. Este patrón corresponde a lo que la literatura denomina binge drinking o consumo episódico excesivo (OUD y SND, 2025).

Esta forma de consumo resulta particularmente extendida en adolescentes: 6 de cada 10 estudiantes que consumieron alcohol en el último mes presentaron uno o más episodios de abuso por ingesta, siendo que en la mayoría de estos casos no se trata de hechos aislados sino de una práctica habitual (OUD y SND, 2025). Con ello, la búsqueda deliberada de sus efectos como un determinante de las formas de consumo contemporáneo, en un pasaje que va desde intoxicaciones accidentales — propias de las primeras experimentaciones — hacía la intención de recrear ese estado. Esta intencionalidad, más allá de la cantidad de ingesta, podría pensarse como un indicador de riesgo en sí mismo, al reflejar la decisión de alcanzar determinados efectos.

No obstante, este riesgo se entiende dentro de los jóvenes como parte de la dinámica social. Por un lado, se rechazan los consumos que llevan a una pérdida total del control, como desmayarse, vomitar o exponerse al ridículo; por otro, beber hasta un punto que permite desinhibirse — charlar, reír y compartir con el grupo— es valorado. Así, la misma práctica puede ser a la vez deseada y limitada, ubicándose en un punto medio que logra el equilibrio entre diversión y control, considerado por adolescentes ideal para la interacción social dentro del grupo (JND y OUD, 2011).

En este sentido, el consumo no comienza exclusivamente en el momento de la ingesta, sino que se anticipa en las expectativas que se construyen en torno al alcohol y en las prácticas colectivas que lo rodean. Entre ellas se encuentran los espacios conocidos como “previas”, donde las y los adolescentes elaboran códigos compartidos y modalidades propias de interacción donde el alcohol estructura el sentido de la interacción. Al respecto, Rossi y Carbajal (2012) argumentan que, el motivo de encuentro entre jóvenes no es el motivo de consumo, sino que el consumo se convierte en el motivo del encuentro.

Esta centralidad del alcohol en las reuniones sociales permite comprender que el consumo trasciende la mera búsqueda individual de los efectos; no se trata únicamente de lo que cada adolescente busca experimentar, sino que el consumo acontece en un marco grupal, donde la dinámica está organizada para que todos participen y se mantenga una “sintonía” común dentro del mismo.

Retomando el papel de los grupos de pares, como uno de los agentes de socialización en las adolescencias, al formar parte del entorno cercano, sus prácticas y significaciones en torno al uso de bebidas alcohólicas y otras drogas influyen en las percepciones y conductas individuales. En esta etapa vital, el sentido de pertenencia tiene un peso especial, en paralelo a un distanciamiento del núcleo familiar, si bien esta última continúa cumpliendo un rol socializador. El grupo de pares se establece como un espacio privilegiado de identificación, intercambio afectivo y construcción de referencias compartidas, y beber puede ser una forma de sentirse parte (UNICEF, 2021).

La socialización de adolescentes suele estar marcada por la idea de que divertirse implica beber alcohol, una creencia errónea y reforzada por adultos, medios de comunicación y distintos discursos sociales (Rossi y Carbajal, 2012). Desde temprana edad, son parte de celebraciones y reuniones donde esta sustancia siempre está presente favoreciendo la

interacción con otros. De este modo, durante la niñez ya se va internalizando la asociación directa entre el alcohol y la diversión (JND y OUD, 2011).

Como resultado, las adolescencias se adaptan a las expectativas socioculturales en torno al alcohol, reproduciendo estas normas más que trasgrediéndolas. Dentro de este patrón, como se ha expuesto, la característica predominante es el abuso por ingesta, es decir las intoxicaciones (JND y OUD, 2019). Este enfoque resulta interesante para reflexionar sobre el peso sociocultural de esta sustancia y su historia en nuestra sociedad, donde parece que los jóvenes simplemente se sumergen en patrones de consumo heredados, como un legado silencioso que atraviesa generaciones, señalando la continuidad de los patrones de consumo en la vida adulta.

Entre voces y contradicciones: el rol de los adultos referentes

Como se ha mencionado en apartados anteriores, una característica fundamental de esta etapa es el distanciamiento respecto a la familia y adultos referentes, como resultado de procesos internos que lo favorecen. La transición del final de la niñez al inicio de la juventud sitúa a los jóvenes frente a su entorno más cercano desde un lugar diferente, lo que se manifiesta en nuevas formas de relacionarse con los adultos

En argumentación de lo explicitado, Torrado y Di Landro (2018) afirman que, durante el desarrollo es esperable que los y las adolescentes busquen afirmarse y diferenciarse de sus figuras de autoridad, poniendo a prueba reglas familiares y sociales. Este comportamiento constituye una forma de experimentar su autonomía y de definir sus propios criterios frente a los valores y normas que reciben de su entorno. Siguiendo con los autores, el consumo de bebidas alcohólicas puede entenderse como una forma de transgredir los mandatos sociales y familiares.

Al mismo tiempo, desde un nivel más macro, las normas que regulan la convivencia social se aprenden durante la infancia y comienzan a ser cuestionadas en la adolescencia. En este período, las experiencias y respuestas del entorno influyen en la construcción de sentidos y comportamientos de los jóvenes (Weissman, 2005). En este escenario, los adultos, en tanto referentes más próximos, forman parte de la trama de significaciones en torno al consumo, ya que sus propias prácticas y actitudes pueden constituirse en modelos que operan como factores protectores o, por el contrario, como factores de riesgo para los adolescentes. De hecho, “el alcohol constituye una parte culturalmente definida e instituida por los adultos en sus relaciones con el ambiente social y es en ese escenario donde el adolescente tiene su primer aprendizaje en el deseo de consumir” (JND y OUD, 2011, p.55).

Los adultos también atravesaron su propia juventud enmarcada por patrones de consumo dentro de un contexto sociohistórico y cultural determinado. La continuidad de estas prácticas a lo largo del tiempo contribuye a explicar la naturalización, tolerancia y permisividad frente a esta droga legal. En este sentido, las experiencias personales, la relación con la sustancia y la percepción desarrollada respecto a sus riesgos influyen en la forma en que actualmente se posicionan respecto al alcohol. Si bien estas trayectorias no son iguales en todos los casos y pueden dar lugar a actitudes más restrictivas o flexibles, en términos generales estructuran un marco social en el que el consumo tiende a ser aceptado y legitimado (JND y OUD, 2011).

Por estas razones, las familias y los adultos de referencia no suelen alarmarse ante el consumo habitual de alcohol durante los fines de semana. Más aún, la mitad de los estudiantes declararon que sus tutores están informados acerca de qué y cuánto consumen (JND y OUD, 2011). Este dato podría interpretarse tanto como un indicador de protección como de riesgo, dependiendo de la manera en que estos temas sean abordados en la comunicación con los y las adolescentes. El hecho de estar en conocimiento no implica

necesariamente un acompañamiento adecuado; puede traducirse en actitudes permisivas que refuercen la naturalización de la ingesta de sustancias, o bien en posturas restrictivas que dificulten el diálogo y la construcción de acuerdos.

Diversos autores reconocen las dificultades que muchas veces hay en el diálogo entre adolescentes y su familia o tutores. Torrado y Di Landro (2018) afirman que la temática sobre bebidas alcohólicas es un tema tabú imposibilitando un diálogo abierto y honesto, donde pueda fluir el intercambio entre ambos. Rossi y Carbajal (2012) coinciden al agregar que existe una falta de conocimiento en los adultos para abordar charlas incómodas o complejas con los jóvenes. Además añade que el obstáculo en la comunicación se debe a las diferencias generacionales.

Puede plantearse que, ante las tensiones y desencuentros, algunos adultos tienden a adoptar posicionamientos rígidos o autoritarios, dando lugar a un diálogo vertical, en donde la palabra adulta se impone (Krauskop,1998). Este tipo de relacionamiento puede profundizar el distanciamiento, la confianza y entorpecer la posibilidad de que el joven recurra al adulto frente a situaciones de conflicto.

La presencia del mismo, tiene un papel central en la orientación y supervisión en la vida de los y las adolescentes, al tiempo que resulta necesario habilitar espacios que permitan la experimentación propia de la etapa. La coherencia entre el discurso y la forma de actuar constituye un elemento fundamental, dado que los adolescentes requieren de reglas claras y criterios consistentes.

Cuando el consumo está presente en el ámbito familiar, su abordaje demanda una diferenciación explícita entre las prácticas adultas y las adolescentes, junto con la transmisión de pautas de cuidado y responsabilidad. Las conductas observadas en el entorno cercano operan como modelos de referencia, influyendo en la manera en que los

jóvenes interpretan el consumo y cómo aprenden a gestionar sus vínculos, el ocio y las formas de socialización (OMS, 2021).

En suma, la calidad de la comunicación, la puesta de límites y la expresión de afecto se asocian a menores niveles de consumo precoz y abusivo. Como parte responsable de la salud y bienestar de los adolescentes, los adultos están llamados a reflexionar sobre sus propios hábitos y el significado que le dan al alcohol en su vida cotidiana, considerando los mensajes que transmiten a través de ellas que inciden en la construcción de significados en torno a la sustancia (UNICEF, 2021).

Conclusiones

Mediante este ensayo, se han abordado las conceptualizaciones en torno al consumo de alcohol en las adolescencias, en diálogo con los múltiples factores que dan respuesta a la conducta de consumo, con el propósito de dar cuenta de las complejidades y los desafíos propios de la temática, puesto que implica una problemática en la salud de adolescentes.

Los patrones, dinámicas y modalidades de consumo se orientan a la búsqueda del efecto de la sustancia, reflejándose las conductas, comportamientos y actitudes de los adolescentes. El consumo problemático evidenciado por intoxicaciones por ingestas elevadas de alcohol en un mismo evento, suelen ser subestimados por los propios jóvenes, debido a una baja percepción del riesgo. Sin embargo, incluso cuando estos episodios ocurren de forma ocasional o experimental, representan un riesgo significativo, ya que el peligro no depende de la frecuencia del consumo, sino de las cantidades ingeridas y de la rapidez con la que se realiza la ingesta.

La búsqueda de la recreación de este estado se considera en sí misma peligrosa, en tanto los niveles de evaluación del riesgo no reconocen las consecuencias a corto plazo a los que se ven expuestos y luego de que el efecto depresor del etanol llega al cerebro afectan al joven a niveles psicomotores, del pensamiento y de conducta.

El abordaje de las características evolutivas de las adolescencias permitió comprender los cambios físicos, psicológicos y sociales propios de este período en relación con el consumo de sustancias. Estas transformaciones que comienzan en la adolescencia temprana, predisponen a los jóvenes frente al alcohol, generando un estado de mayor vulnerabilidad y exposición debido a su desarrollo neurofisiológico y psicológico; como la langosta sin su caparazón expuesta a los daños del exterior.

Los adultos referentes, quienes también se ven atravesados por lógicas de consumo de alcohol, deben cuestionar su propio vínculo con esta sustancia, y reflexionar sobre el impacto que sus actos y discursos, pueden tener en la prevención y el cuidado responsable. Su papel en la socialización de los jóvenes es complejo, especialmente ante el alejamiento que suele producirse cuando los adolescentes priorizan a sus pares, como grupos de referencia. Este es un momento en el que, mientras las adolescencias transitan diversas emociones, tensiones y conflictos, los adultos muchas veces desconocen cómo acercarse y acompañar de forma afectiva. Esta falta de guía puede influir en que los jóvenes recurran al alcohol como forma de escape, desinhibición o integración social, subrayando la importancia de la supervisión, el acompañamiento y la reflexión conjunta sobre los hábitos abusivos en el consumo de alcohol.

Si bien imaginar adolescencias sin consumos de alcohol puede resultar utópico, es fundamental promover estrategias de prevención y promoción en la salud que apunten a reducir los consumos problemáticos y fomentar prácticas responsables, contribuyendo a un desarrollo saludable de las adolescencias.

Referencias

- Amaro, Calderón, Sáenz, (2018). La percepción de los adolescentes sobre los riesgos bio-psico-sociales del consumo de alcohol. Montevideo, Uruguay. Colibrí.
<https://hdl.handle.net/20.500.12008/22422>
- Amorín, D., (2008) Cuadernos de Psicología Evolutiva. Tomo I. Apuntes para una posible Psicología Evolutiva. Cap. Proceso de Socialización. (p.124) Montevideo: Psicolibros.
- Ardoino, R. (1997). *La implicación* [Conferencia]. Centro de Estudios sobre la Universidad, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arias, M y Suárez, Z. (2016.). *La atención a la salud de los adolescentes en el primer nivel desde una perspectiva de derechos*. Ediciones Universitarias. Colibrí.
<https://hdl.handle.net/20.500.12008/18210>
- Dolto, F. (1989). Palabras para adolescentes o el complejo de la langosta. Buenos Aires. Atlántida. 1992.
- Espada, JP, Griffin, KW, Botvin, GJ y Méndez, X. (2003). Adolescencia: consumo de alcohol y otras drogas. Papeles del Psicólogo , 23 (84), 9-17.
<https://www.papelesdelpsicologo.es/abstract?pii=1051>
- Junta Nacional de Drogas y Observatorio Uruguayo de Drogas. (2019). Consumo de Alcohol en Uruguay. Informe especial. Montevideo. Recuperado de:
<https://www.gub.uy/junta-nacional-drogas/comunicacion/publicaciones/informe-especial-consumo-alcohol-uruguay>

Junta Nacional de Drogas y Observatorio Uruguayo de Drogas. (2011). Sobre ruidos y nueces: consumo de drogas legales e ilegales en la adolescencia. Montevideo. http://www.infodrogas.gub.uy/images/stories/pdf/201107_sobre_ruidos_y_nueces.pdf

Krauskopf, D. (1998). Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes. En publicación: "Participación y Desarrollo Social en la Adolescencia". San José: Fondo de Población de Naciones Unidas.(pp. 119-134).

Krauskopf, D. (2007) Sociedad, adolescencia y resiliencia. En Krauskopf, D. (2007) Adolescencia y resiliencia. Coeditora. PAIDOS. Tramas Sociales Buenos Aires. https://eva.udelar.edu.uy/pluginfile.php/7558/mod_folder/content/0/SOCIEDAD%2C%20ADOLESCENCIA%20Y%20RESILIENCIA%20EN%20EL%20SIGLO%20XXI.pdf

López Gómez, A. (coord.) (2015) Adolescencia y Sexualidad. Investigación, acciones y política pública en Uruguay. (2005 – 2014). Montevideo: Facultad de Psicología, Universidad de la República; UNFPA. <https://uruguay.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/Adolescentes%20y%20sexualidad.pdf>

Observatorio Uruguayo de Drogas y Secretaria Nacional de Droga. (2025). X Encuesta Nacional sobre Consumo de Drogas en Estudiantes de Enseñanza Media. <https://www.gub.uy/junta-nacional-drogas/comunicacion/publicaciones/x-encuesta-nacional-sobre-consumo-drogas-estudiantes-ensenanza-media>

Observatorio Uruguayo de Droga y Secretaria Nacional de Droga . (2025). VIII Encuesta Nacional sobre Consumo de Drogas en Población General. <https://www.gub.uy/junta-nacional-drogas/comunicacion/publicaciones/viii-encuesta-nacional-sobre-consumo-drogas-poblacion-general>

Organización Mundial de la Salud. (2017). Guía para la atención integral en salud adolescente. Recuperado de https://www.gub.uy/ministerio-salud-publica/sites/ministerio-salud-publica/files/inline-files/GuiaSalusAd_web%20con%20tapa.pdf

Organización Panamericana de la Salud. Aceleración mundial de las medidas para promover la salud de los adolescentes (Guía AA-HAI): orientación para apoyar la aplicación en los países, segunda edición. Washington, DC: OPS; 2024. <https://doi.org/10.37774/9789275329139>.

Rossi, G y Carbajal, M (2012) “La previa”: el consumo de alcohol entre los adolescentes. Guía para padres y educadores. Ediciones Santillana. Montevideo.

Torrado Lois, C., Di Landro, G. (2015) Adolescencias Saludables, Presente. Programa Apex-Cerro de la Universidad de la República. Montevideo.

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF] (2021). ¿Qué cambios y conductas son esperables en la adolescencia? Uruguay. <https://www.unicef.org/uruguay/documents/adolescentes-caracteristicas>

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF] (2021). ¿Por qué la adolescencia es una ventana de oportunidad? Uruguay. <https://www.unicef.org/uruguay/documents/adolescentes-neurodesarrollo>

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF] (2021). ¿Por qué los adolescentes toman riesgos? Uruguay. <https://www.unicef.org/uruguay/crianza/adolescencia/por-que-los-adolescentes-toman-riesgos>

Weissmann, P. (2005). Adolescencia. Revista Iberoamericana de Educación. Universidad Nacional de Mar del Plata.
<https://rieoei.org/historico/deloslectores/898Weissmann.PDF>